

## El abuso político de la ética: el caso neoconservador

Los neoconservadores son una serie de prestigiosos científicos sociales norteamericanos (D. Bell, P. L. Berger, S. Martin Lipset, M. Novak, J. R. Neuhaus, I. Kristol, N. Glazer, P. Moynihan,...), que han adquirido notoriedad en la polémica sobre *la crisis de la sociedad moderna*. A su juicio, la enfermedad que aqueja a la sociedad moderna del capitalismo democrático es cultural, mejor, *espiritual*. Fallan las orientaciones normativas, los valores y, en último término, la religación con la experiencia transcendente. La salida de la crisis camina, por tanto, de la recuperación ética de la mano de la religión.

Lo discutible y peligroso de la propuesta neoconservadora es el tipo de ética que se quiere recuperar: aquella apta para el funcionamiento del sistema capitalista democrático. La ética se supe- dita al sistema. Nos hallamos ante una ética para paliar las contradicciones del capitalismo democrático. Una servidumbre que rebaja excesivamente a la ética.

El problema que se plantean los neoconservadores es cómo lograr una ética cívica o filosofía pública que favorezca la solidaridad y el afecto mutuo que precisa una sociedad para subsistir y desarrollarse (D. Bell).

Son conscientes de que el orden político democrático, aunque se entienda como abierto, tolerante, adaptativo e igualitario, precisa de la *comunidad*. Y ésta se pierde sin la capacidad para compartir y para sacrificarse por los otros.

La pretensión neoconservadora se orientará, por tanto, a la construcción o reconstrucción de un espacio moral, donde puedan crecer y desarrollarse aquellas actitudes, valores y virtudes que permitan la justificación y el crecimiento de un sistema sociopolítico y económico que han denominado *capitalismo democrático*.

Nos hallamos ante un intento, cuya sensibilidad parece predominante en la cultura política actual, y que bien merece un poco de atención, aunque sólo sea para advertir algunas fisuras morales de nuestro tiempo y el uso abusivo de la ética al servicio de un sistema que no se pone en cuestión.

Por otra parte, el intento neoconservador ofrece —dentro del panorama típico-ideal de reconstrucciones de una ética cívica— un modelo *participacionista* que, de nuevo, ofrece una perspectiva interesante, al mismo tiempo, que peligrosa, dado su uso ideológico.

Todo proyecto ético público es deudor de *un diagnóstico* sobre la situación socio-cultural a la cual se dirige. El diagnóstico neoconservador se puede sintetizar en frases tópicas de sus representantes que vienen a denunciar la crisis cultural de nuestro tiempo, la pérdida de coherencia moral a manos de un hobbesianismo secular y el hedonismo de un individualismo radical que pretende la autorrealización por el camino del experimentalismo.

De una forma u otra se diagnostica la debilidad de una ética cívica "tradicional" burguesa, ba-



sada en un sistema moral de recompensas, enraizado en la santificación protestante del trabajo.

A la hora de apuntar a las causas, los neoconservadores ven tras el desfallecimiento de la ética puritana una pérdida del *humus* religioso que sostenía a ésta. Las consecuencias que se derivan de este hedonismo campante son, para los neoconservadores, la pérdida de vigor ascético y con él de la capacidad de sacrificio y de renuncia que conllevan la vida comunitaria. Más allá, verán “la pérdida de legitimidad tradicional del capitalismo democrático (norteamericano)” que se apoyaba fundamentalmente en la ética puritana.

A través del diagnóstico de la época, los neoconservadores nos indican quiénes son *sus enemigos*. Muerto el proyecto socialista —que minaba desde la tendencia colectivista y la utopía igualitaria las bases morales del *capitalismo democrático*— sólo queda la sensibilidad *postmoderna* que los neoconservadores caracterizan como profunda-

mente individualista, hedonista y relativista.

Los mismos neoconservadores, alargando su mirada hacia los orígenes burgueses, ven un doble movimiento atravesando la cultura occidental: un impulso de libertad y novedad que se hace expansión y movilidad económica y que, en lo cultural, conduce a un experimentalismo sin trabas. El resultado será una disyunción o antagonismo, que enfrenta a los ámbitos de la cultura y la economía. Más concretamente, los juicios éticos estarán guiados por el motivo y la apariencia de sinceridad y no por las consecuencias morales para la sociedad. Nos hallamos en el centro de la contradicción cultural de nuestra sociedad. Una crisis moral y de valores. Y queda claro que el espacio enfermo, necesitado de cura, es el cultural. La terapia será un profundo cambio de valores y actitudes.

Una sociedad sometida a esta contradicción entre los principios de la tecnoeconomía, la racionalidad funcional y la necesidad de la eficiencia, los costes mínimos y la maximación, por una parte, y las tendencias culturales anti-cognoscitivas, que aspiran retornar a las fuentes instintivas de la expresión, por otra, es una sociedad desequilibrada.

Y es una sociedad alterada, que recarga el sistema político de expectativas que no puede cumplir. Carece, además, de la aceptación, por parte de la población, de una justificación moral para pedir renuncias. Más aún, está vacía de ese propósito moral o *telos* que suministre la justificación moral de la sociedad. No tiene nada de extraño que se generalice la sensación de pérdida de comunidad, de tradición y de valores.

El vaciamiento ético conduce, a juicio neoconservadores, al problema de la *legitimación de la sociedad*. Las cuestiones neoconservadoras ante esta situación serán: ¿cómo ir más allá del vacío del presente y de la pobreza del sujeto moderno? ¿Cómo recuperar el sentido de comunidad y solidaridad y avanzar hacia una nueva legitimación social?

Comprendemos ya la *importancia de la ética pública* para los neoconservadores: articular un proyecto común de sociedad que permita un sujeto comunitario, situado en la tradición burguesa

occidental, poseedor de las actividades y valores que le proporcionan identidad y colaboración al servicio del sistema del *capitalismo democrático*. Es una ética para la legitimación de un proyecto político-económico.

Los neoconservadores aceptan la imposibilidad de una fundamentación ética sustantiva en una sociedad pluralista. Tras la experiencia relativista, renuncian a la fundamentación y a los discursos universales, pero no renuncian a una visión moral coherente, sobre todo, a una ética cívica básica.

Quieren revitalizar las virtudes de *la ética puritana* que ven vinculadas al sistema capitalista democrático. No perciben otra salida que no sea la vuelta atrás moral y cultural. Pero se plantearán una recuperación sin caer en un anacronismo.

No ser anacrónicos y, al mismo tiempo, recuperar las virtudes de la vida política democrática capitalista impulsa a algunos neoconservadores a proponer la *vía participativa* en el desarrollo de *las instituciones intermedias compensadoras*. Más allá de McIntyre, los neoconservadores apuestan por cultivar las virtudes de la vida social democrático-capitalista, no en pequeñas comunidades —el equivalente moderno del monacato de san Benito que propone McIntyre—, sino en aquellas “instituciones compensadoras”, que aseguren la integración al individuo y a la sociedad en la modernidad capitalista. Estas son las estructuras intermedias de la familia, la religión, el vecindario y las asociaciones de libre formación. Los neoconservadores están convencidos que estas *estructuras intermedias* son las que dan valor a la persona y los comportamientos solidarios a los individuos, frente a la racionalidad calculadora del mercado y la superficial exploración de un presentismo hedonista. “Proporcionaron equilibrio social durante la evolución de la cultura burguesa y lo continúan proporcionando hoy, a pesar de las tensiones y contradicciones de esta cultura. Los que no las tienen en cuenta... perciben erróneamente las cualidades de las sociedades en cuestión” (P. Berger).

Para reforzar la sensación de plausibilidad de esta estrategia, S. Martin Lipset ha recordado recientemente el no debilitamiento de la ética puritana del trabajo en Estados Unidos en comparación con otros tiempos. Parece decirnos que no carece de base la recuperación de las virtudes y éticas puritanas.

Cabe preguntarse —con muchos de sus críticos— si el proyecto neoconservador no está condenado al fracaso porque pretende recuperar ético-políticamente lo que socava con la lógica tecnoc-económica. Sin duda, hay aquí una contradicción grave para el proyecto neoconservador. Pero convendría recordar que la sociedad burguesa funcionó durante mucho tiempo merced a las restricciones moral culturales.

Más entidad tiene el malestar moral de que se hace eco ante la modernidad: el vaciamiento de la tradición, la comunidad y la identidad, que denuncian también los teóricos críticos. Aunque tenemos la impresión de que los neoconservadores conocen demasiado bien cuál es la tradición, la memoria, la comunidad y la identidad que quieren recuperar.

Respecto a la estrategia, no hay duda que la *vía participacionista* —el criterio de ser *miembro* y de *participar*— está siendo reivindicada como un acuerdo fundamental de las premisas del debate público. Claro que también este participacionismo es moderado y controlado.

Más difícil de ocultar es el uso político de la ética. Se quiere, por principio, un sistema —denominado democrático capitalista— y a su sostenimiento y salud se orienta la recuperación de una ética cívica. Esta ética propicia virtudes y comportamientos adecuados al sistema. La ética pierde su autonomía relativa. Está bien que no se desentienda de la política, de la economía y del poder. Y hasta que sea capaz de ensuciarse las manos, pero cuando se reduce a ser criada del sistema, la ética no sólo pierde su dignidad, sino que no puede evitar ser abusivamente utilizada.

J. M. M.